

SEGUNDO MATILLA



ARENEROS

Exposición Monjo (Rambla de Canaletas, 11).

EXPOSICIÓN MONJO
RAMBLA DE CANALETAS, 11
1888

Don Eladio encontrábase entre aquellos dos inocentes asesinados por él en un momento de vértigo, y en medio de un gran charco de sangre; loco, trémulo, devoró el contenido de aquellos papeles. Eran actas y partidas por las cuales se comprobaba debidamente que su esposa y el conde X... eran hermanos legítimos; odios de familia, á consecuencia de las malditas ideas políticas, habíanles hecho separarse muy jóvenes. Entonces, enloqueció; abriéronse sus ojos desmesuradamente, vaciló, y... arrancando del cadáver del jefe carlista el revólver de reglamento que llevaba en la cintura, disparóse un tiro sobre el temporal derecho.

Fuó llamado precipitadamente por los criados; acudí, como era mi deber, y recibí de boca de don Eladio, que aún conservaba milagrosamente un soplo de vida, una confesión tan explícita y tan llena de fe y remordimiento, que me hizo creer que aquellos crímenes, ejecutados por una culpable precipitación y por fatales apariencias, no arrojarían el alma del homicida en los abismos de la eterna perdición. Le absolví *sub conditione*, y entonces don Eladio otorgó, ante testigos, un testamento legándome la casita y sus terrenos, para que con su producto aplicase

sufragios y practicase obras de caridad en descargo de su crimen. Después, á los pocos momentos, expiró. Al día siguiente, cumplidas que fueron las prácticas judiciales, me hice cargo de los tres cadáveres, cuyos restos yacen en el cementerio del pueblo, cubiertos por una losa blanca y una sencilla cruz, con este solo epitafio: «Hermanos!»

La exaltada imaginación de los campesinos ha creído ver, después de la media noche, vagando por estos contornos, los espectros de los dos hermanos, y tras ellos el de don Eladio que se arrodilla y les pide perdón con voz ronca y terrible.

—Yo puedo asegurar á ustedes que he pasado á todas horas por estos sitios y no he visto señales de tales aparecidos.

—Dios Nuestro Señor haya perdonado al asesino y dé su descanso á todos.

—En cuanto á mí, no he cesado de cumplir el encargo de don Eladio, y muchos pobres deben la tranquilidad que disfrutan y un relativo bienestar á su piadosa manda, y esta misma mañana he aplicado el santo sacrificio en sufragio de sus almas y porque Dios les dé su gloria.

—Amén,—contestaron los oyentes del sacerdote. Y, reunidos como habían venido, emprendieron el regreso al pueblo, tristemente impresionados por el relato de aquel espantoso drama.

MIGUEL ALDERETE GONZÁLEZ

VICENTE NICOLAU CUTANDA



EL MONTE DE LAS ÁNIMAS.

Leyenda de Gustavo A. Becquer.

¿SI LE DA LO MISMO!

(CHASCARRILLOS DE MI TIERRA)

ALLÁ por el año de 1866 vivía en Málaga don Miguel del Oro Dominguez, viejo, de humor excelente, que según el dicho de sus paisanos se tomaba el pelo á sí mismo cuando no tenía á quien embromar. Derramaba gracia por arrobos en las anécdotas que refería, y era el único socio fundador que restaba de aquella sociedad de *Los Calmosos* que se creó en 1841, asociación que en su breve existencia dejó gran caudal de sucesos para referirlos á las nuevas generaciones. Como prueba de las excentricidades de aquellos socios, referiremos sólo un caso, rigurosamente histórico.

Uno de los socios salió un día á comprar pescado, provisto de su correspondiente *cenacho* de esparto. No lo halló en la pescadería y entonces preguntó en el muelle si había algún barco próximo á salir del puerto. Le contestaron que se preparaba uno para América, tomó pasaje, fué al Nuevo Mundo y, cuatro meses después, regresó á su casa, donde por muerto lo lloraban, con el *cenacho* bajo el brazo y el pescado... porrido; pues lo había comprado en la pescadería de Méjico.

Don Miguel del Oro concurría diariamente al *senadillo* del Liceo. Allí discutía lo divino y lo humano, hacía chistes y tomaba café por la

mañana, tarde y noche. Vino por entonces á Málaga, con el cargo de Intendente de Hacienda, un extremeño muy formal y muy caballero; pero muy *farol*. Lo presentaron en el *senadillo*, y allí se entretenía en relatar sus aventuras, sus hazañas en la época en que fué militar combatiendo contra los carlistas, las cruces conquistadas y los honores merecidos.

Faltaban dos ó tres días para el Corpus, y una tarde se presentó el Intendente mal humorado en el Liceo.

—Mal bicho le ha picado á usted hoy, — le dijo don Miguel.

—¡Calle usted, hombre! ¡Estoy desesperado! Ya saben ustedes que me había mandado hacer en Madrid el uniforme de Jefe Superior de Administración. Deseaba estrenarlo en la procesión del Corpus, y el sastre, cumpliendo su palabra, me lo envió ayer. Me lo pruebo y veo que se me ha olvidado el *espadín*. Salgo á comprarlo, y no lo venden en Málaga. Tengo necesidad de traerlo de Madrid ó Barcelona, y ya no hay tiempo.

—¡Bah! ¡bah! — exclamó don Miguel. — ¿Y por eso se apura usted?

—Naturalmente. ¿Dónde encontrar ese *espadín*? Debo renunciar á ir de uniforme á la procesión.

—Pues no señor, tendrá usted el *espadín*. Guardo, como oro en paño, uno que fué de mi abuelo y que es una verdadera joya. Se lo presto á usted por ser quien es...

—Gracias, muchas gracias, Oro, —añadió el Intendente, interrumpiéndole. — ¡Me salva usted de un grave compromiso!

Llegó el día del Corpus y Oro no había mandado el *espadín* al Intendente. Este le envió su ordenanza, al cual replicó don Miguel, que en persona recibió el recado:

—Dígame á su jefe que se me había olvidado buscarlo; pero que dentro de una hora lo tendrá en su poder.

En vez de una hora pasaron dos. Nueva presentación del ordenanza. Don Miguel contestó:

—No encuentro el *espadín* por ninguna parte; pero que no tenga impaciencia, que ya tengo idea del sitio en que está guardado.

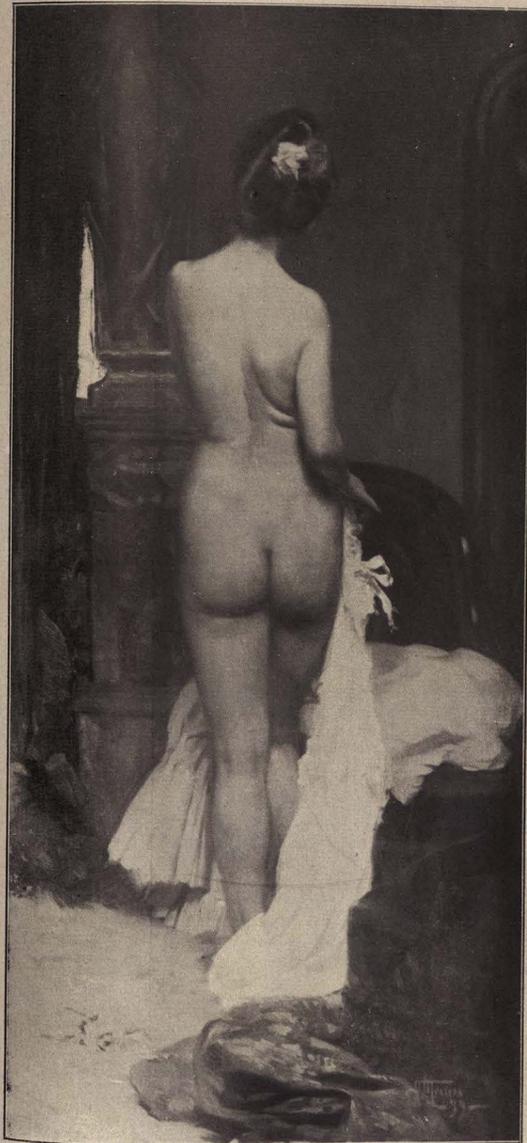
Faltaba un cuarto de hora para la procesión. Los repiques de la Catedral llamaban á los fieles á tan solemne acto. Las músicas militares se oían en las calles y las tropas empezaban á cubrir la carrera.

El ordenanza del Intendente, con la respiración entrecortada, prueba de la carrera que se había dado, desde la Aduana á la calle de Montañón donde el señor de Oro vivía, se personó en casa de éste.

—Dice mi amo, que está vestido y que sólo espera el *espadín* para irse á la procesión.

—Pues dígame usted á su amo, — respondió don Miguel, — que al buscar el *espadín*, he recordado que se lo pusieron á mi abuelo cuando se murió; pero que si le da lo mismo un *trabuco*... puede enviar por él.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR



NOTA ARTÍSTICA; por FÉLIX MESTRES.



Fot. de J. Martí.

JOSÉ PINELL

DISTINGUIDO VIOLINISTA ESPAÑOL

Los amantes del arte lírico tuvieron el gusto, á mediados del pasado Mayo, de apreciar las raras cualidades que concurren en este joven y ya notable artista, paisano nuestro, y sus notorios adelantos por el concierto que dió en el teatro de «Novedades», y que le valió un nuevo triunfo.

Pinell cuenta hoy diez y ocho años, y bien es de ver por el retrato que acompañamos, habiendo hecho sus primeros estudios en la Escuela municipal de música de Barcelona, bajo la dirección del maestro Güell.

Después de un concierto en el palacio de Bellas Artes, lo presentó en Madrid el Conde de Morphy, gran protector de la juventud artística, y con la recomendación de don Jesús de Monasterio se hizo oír en Palacio, obsequiándole Su Alteza Real la Infanta Doña Isabel con un precioso regalo.

De regreso á Barcelona, la mediación del Marqués de Soto-Hermoso le valió una pensión del Ayuntamiento para París, donde debía perfeccionar sus estudios; y allí, el tribunal que le juzgó al ingresar en el Conservatorio, le acogió con elogios que sólo se tributan á los músicos de gran porvenir.

Pinell prosiguió sus estudios, desarrollando sus singularísimas aptitudes; tanto, que á los pocos años consiguió el primer premio internacional del Conservatorio de París, en oposición bien reñida.

En 1902 visitó Barcelona y dedicó al Municipio un concierto, que tuvo lugar en el Salón de Ciento y que fué demostración de la gratitud de Pinell á la corporación popular, que le otorgó la subvención, ayudándole á adelantar en su carrera. En aquel concierto evidenció Pinell sus admirables condiciones artísticas.

Larga tarea sería la de enumerar las sesiones en que ha figurado el joven y celebrado concertista en París y en otras ciudades. Los éxitos han seguido á su excelente labor musical.

El violín con que se presentó en el citado concierto es regalo de la Reina Doña Isabel II, en cuya augusta presencia dió una sesión hace año y medio. Tan complacida presencia dió una sesión del joven violinista español, que le obsequió con este magnífico instrumento, que es verdadera joya.

Felicitemos cordialmente al señor Pinell por sus legítimos triunfos y le auguramos un hermoso porvenir si, lejos de infatuarse con el éxito, dedica al estudio la juventud que aún le queda hasta alcanzar la perfección relativa á que deben aspirar los artistas eminentes.
